

Discurso del Rector, Ing. Félix Ulloa, en la reapertura de las oficinas centrales de la UES en el edificio de la Corte de Cuentas de la República

Félix Ulloa

Rector Universidad de El Salvador

1979-1980

Resumen del editor

El texto que presentamos a continuación, proporcionado por la familia Ulloa, es el discurso pronunciado por el Ex Rector Ing. Félix Ulloa en la apertura de las Oficinas Centrales de la Universidad de El Salvador, en el quinto piso del edificio de la Corte de Cuentas de la República, luego de la intervención militar de la Universidad el 26 de junio de 1980. Fue en esta ocasión cuando Ulloa pronunció su famosa frase «La Universidad de El Salvador se niega a morir».

Félix Ulloa dirigió la Universidad de El Salvador desde 1979, hasta su asesinato, el 28 de octubre de 1980. Había desempeñado varios cargos al interior de la UES; fue director de la Escuela de Ingeniería Industrial, decano de la Facultad de Ingeniería y Arquitectura, jefe de Planificación y Rector.

Palabras clave:

Historia de la Universidad de El Salvador, rectores, autonomía universitaria

Abstract of the publisher

The text that follows, provided by the Ulloa family, is the speech by the former Rector Ing. Felix Ulloa at the opening of the headquarters of the University of El Salvador, on the fifth floor of the Court of Auditors of the Republic, after the military intervention of the University on June 26, 1980. It was on this occasion that Ulloa uttered his famous phrase «the University of El Salvador refuses to die.»

Felix Ulloa led the University of El Salvador from 1979 until his assassination on October 28, 1980. There were held several positions within the UES; he was director of the School of Industrial Engineering, Dean of the Faculty of Engineering and Architecture, Head of Planning and Rector.

Keywords:

History of the University of El Salvador, rectors, university autonomy

Los signos de estos tiempos son de tragedia y dolor. El fratricidio político motivado por la intolerancia ideológica ha sentado sus reales en nuestra sufrida nación y se manifiesta a diario con una crueldad indescriptible, cebándose impune en los sectores populares, vulnerables y menos favorecidos. Nuestro país se desgarró en una vorágine de violencia ciega e irracional que no respeta credos ni ideas, que ataca a mansalva marchas pacíficas como la del 22 de enero de este año, donde fuimos agredidos obreros, campesinos, estudiantes, docentes, pueblo en general, que pacíficamente y de manera inédita en la historia reciente, desfilaron por las calles de la capital con más de 200.000 hombres y mujeres que llegaron de todo el país, a demandar justicia, paz y democracia para nuestra patria.

Estas fuerzas reaccionarias que desde el gobierno reprimen al pueblo, a sus organizaciones, que capturan, desaparecen y asesinan a sus líderes y dirigentes, no vacilaron en cometer el magnicidio en contra de nuestro Arzobispo Mártir Oscar Arnulfo Romero, hace solo unos meses.

El listado de estos atropellos a la vida, la dignidad y la libertad de nuestro pueblo es interminable, a diario se reportan capturas ilegales, desapariciones forzadas,

asesinatos selectivos, masacres y genocidios, en contra de humildes comunidades en el campo y la ciudad, de colectivos culturales y asociaciones profesionales, de sindicatos y gremios, de instituciones democráticas, y en esa línea represiva la iglesia no podía quedar fuera.

Son decenas de promotores religiosos y sacerdotes que se reportan entre las víctimas de capturas, asesinatos y desapariciones, centros de oración, escuelas y colegios dirigidos por devotas monjas han sido asaltados, cateados y saqueados; y para que no quedara duda de su salvajismo en contra de quienes han decidido leer el evangelio en el lenguaje original y eligieron practicarlo mediante la opción preferencial por los pobres, enviaron el mensaje más cruel e inhumano que el mundo civilizado se podía imaginar, asesinando al máximo exponente de la Iglesia Católica, el Arzobispo de San Salvador, Monseñor Romero.

Luego llegó el turno de nuestra casa de estudios. La Universidad de El Salvador tenía que pagar el alto costo de su valiente autonomía y su cuota de sacrificio. Por ser el único espacio democrático donde podían congregarse las fuerzas progresistas y sectores democráticos que desafían a la dictadura, fue señalada como refugio de terroristas, calumniada de mante-

ner un arsenal de armas, de ser un centro de entrenamiento guerrillero, y con ese pretexto maléficamente diseminado, se preparó el artero ataque de este 26 de junio. Invadieron nuestra ciudad universitaria, nos cerraron las aulas, quemaron libros, apagaron micrófonos, nos quisieron callar. En su enajenación ideológica, confunden los conceptos básicos de la Universidad como la libertad de cátedra con el adoctrinamiento político; el trabajo de extensión universitaria, con la subversión, y la autonomía que nos reconoce la constitución desde 1841, con libertinaje y tolerancia para los grupos conspirativos contra el régimen.

El campus universitario, como patrimonio común de nuestro pueblo, estuvo siempre abierto a sus organizaciones para la realización de actos lícitos y legítimos, en el auditorio de la Facultad de Derecho se celebraron históricos eventos, entre ellos la fundación del Frente Democrático Revolucionario, de la cual la UES es miembro observador, la entrega que hicimos del Doctorado *Honoris Causa Post Mortem* a Monseñor Oscar Arnulfo Romero, y que fue recibido por el Arzobispo Monseñor Arturo Rivera y Damas. Pero también fuimos enérgicos al reclamar la realización de actividades que riñen con los principios y objetivos de nuestra

Universidad, por esa razón enviamos una carta de protesta a la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM), cuando se nos reportó que unos activistas armados que decían pertenecer a ella irrumpieron algunos salones de clase para dar demostraciones del uso de armas. La respuesta fue inmediata y nunca más se repitieron hechos similares.

Ante esta nueva ocupación militar, le decimos a los miembros civiles y militares de la Junta de Gobierno, al alto mando de la Fuerza Armada, a los grupos económicos que se mueven tras bastidores, que si invadiendo la ciudad universitaria creen que acallaran el indómito espíritu universitario, están equivocados, se equivocan hoy, como se equivocaron en 1972, cuando el 19 de julio, las fuerzas combinadas del ejército y la policía, por orden del Presidente de la República ocuparon la Universidad, después que la Asamblea Legislativa derogara la legislación universitaria y desconociera a sus legítimas autoridades, con el dictamen favorable de la Corte Suprema de Justicia. Un golpe de los tres poderes del Estado contra nuestra Alma máter. Pero entonces tampoco nos doblegaron, la comunidad universitaria resistió, como lo hizo en 1960 cuando los cuerpos de seguridad del gobierno agredieron a docentes y estudiantes, golpeando brutalmente al enton-

ces Rector Dr. Napoleón Rodríguez Ruiz.

Como en aquellos años, ahora estamos unidos, juntos, listos, dispuestos a seguir luchando para que en nuestra querida patria reine la razón sobre la fuerza bruta, que impere el derecho ante la arbitrariedad, que ante un gobierno de facto surja un gobierno de leyes. Estamos aquí reunidos para reanudar inicialmente nuestras tareas administrativas y luego ir retomando las responsabilidades académicas, que nos demandan los estudiantes y que deseamos cumplir los docentes, aun en estas precarias condiciones en las que nos ha colocado el régimen.

Es así como vamos a responder al oscurantismo fascista que este fatídico 26 de junio atacó militarmente el campus, con vehículos blindados, utilizando helicópteros como apoyo aéreo, disparando desde el aire a las instalaciones e invadiendo con la tropa desde los costados sur y oriente la ciudad universitaria.

Todos conocemos el saldo de dicha ocupación: muertos, heridos y desaparecidos. El dolor y el luto que nos embarga lo cargamos solidarios con los familiares de las víctimas. Nunca la comunidad internacional, el mundo científico, los países democráticos, en nuestro continente habían testimoniado

como la barbarie se ensañó tanto contra la cultura. Esas columnas de humo que opacaron el cielo de la capital eran las ideas, los conocimientos, la ciencia y la técnica acumulados y custodiados celosamente por generaciones de universitarios. Esfumadas en una hoguera que habría hecho palidecer a Torquemada, décadas de arduo trabajo académico de nuestro *demus* quedó reducido a cenizas. Quemar libros fue la herencia europea del Santo Oficio a los nazis y a los fascistas. En nuestra América la persecución de las ideas políticas fue una práctica común después que se instaló la doctrina de la Seguridad Nacional desde el Pentágono, pero ningún dictador se atrevió a quemar bibliotecas universitarias como ha ocurrido bochornosamente en este gobierno.

Pero la Universidad resiste, la Universidad no son los edificios, las aulas de clase, los auditorios, ni los laboratorios; la Universidad somos nosotros, docentes, estudiantes y trabajadores dispuestos a seguir adelante en nuestra lucha al lado del pueblo salvadoreño. Nuestra trinchera es y seguirá siendo la ciencia y la cultura, la producción de ideas y nuevos conocimientos, la libertad irrestricta de cátedra y ejerceremos la autonomía que nos garantiza la Constitución desde cualquier espacio

físico donde nos podamos congregar. Seguiremos el ejemplo de don Miguel de Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca, no tememos a los hijos y seguidores del Milán Astray fascista. A su grito de “viva la muerte, muera la inteligencia” les respondemos “viva la vida, viva la libertad, viva la ciencia y la cultura”.

Por más que traten de aniquilarla, la Universidad de El Salvador no va a morir jamás, la UES nació con el Estado de El Salvador

en la Constitución de 1841, y vivirá junto a él para siempre. Espero nos mantengamos unidos en esta batalla por la libertad y la cultura, como dice nuestro lema.

¡La Universidad de El Salvador se niega a morir y nosotros estamos aquí para que viva por siempre!



Monseñor Arturo Rivera y Damas, Arzobispo de San Salvador, recibiendo el Doctorado *Honoris Causa Post Mortem*, otorgado por la UES a Monseñor Oscar A. Romero, acompañado del Rector Félix Ulloa, del Secretario General Ricardo Calderón y el Fiscal de la UES, Jorge Alberto Gómez Arias.